**ELOGIO DEL DOCTOR CARLOS J. FINLAY, EN LA SESION QUE
LA ACADEMIA DEDICO A HONRAR SU MEMORIA, CON
MOTIVO DEL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO, Y A
CELEBRAR EL "DIA DE LA MEDICINA AMERICANA".**

Señor Embajador,

Señor Presidente,

Señores Académicos:

Cuando en ese gran escenario, que a veces se me antoja tablado de la farsa, vemos a la humanidad entregada a grotesco y convulso bai-loteo, posible preámbulo de otra gran tragedia; cuando por entre débiles cánticos de paz asoma su crispada mano la odiosa apocalíptica figura de la guerra; cuando largas famélicas caravanas de sin trabajo, emprenden fatigosas caminatas para ir ante los próceres a gritar amenazantes demandas múltiples de inaplazable auxilio; cuando dispersos brotes de rebelión derriban gobiernos establecidos; cuando en el Oriente, ese interesante y misterioso País se arma en el silencio de su enigma, y frente a él vieja y amurallada nación en actitud suicida se desgaja; cuando alguna Plaza Roja, para conmemorar un episodio o un aniversario se convierte en el escaparate que ostentoso luce el aparato de la fuerza; cuando organizaciones fascistas aprietan sus compactas filas y granean fuego contra partidos adversarios; cuando bajo la túnica blanca de aparente resignación, una endeble y representativa figura en gesto de perpetua rebeldía se declara en frecuente huelga de hambre; cuando, en fin, los diarios rotativos, a diario nos informan de los aprestos bélicos, de la inquietud general, de los fracasos sensibles de frías conferencias internacionales, del secreto trabajar de los laboratorios para crear inesperados y sorprendentes materiales de guerra, o sistemas terroríficos de destrucción; cuando todo este pálido relato del momento que vivimos nos envuelve en el más hondo de los pesimismos, una circunstancia bella y feliz nos obliga a abrir un paréntesis grato en nuestras preocupaciones, a deleitarnos en la calma que nos brinda nuestro molesto calofrío; y esta circunstancia es,

señores Académicos, la de cumplirse cien años justos de que viniera al mundo en cálida y feraz provincia de la hermana Cuba, quien al correr del tiempo había de ser tenaz apóstol de la idea, exponente magnífico de la intelectualidad y de la ciencia, que libertaría a la humanidad de arcaica y mortífera dolencia, gracias a su genio, y cuyo nombre hoy pronuncia el mundo entero con visible respeto y singular cariño. Bien sabéis que me refiero al doctor D. Carlos J. Finlay:

Circunstancias como ésta no se presentan a menudo; es necesaria la existencia de una figura símbolo, de una columna gigantesca, de un coloso, en fin, y que el rodar de los años haya aquilatado méritos y servicios; es necesario, digo, para llamar nuestra atención. Esto ha sucedido con Finlay, y por eso observamos que varios conglomerados sociales se dedican en estos días a glorificar la excelsa figura de tan ilustre benefactor; varios pueblos, si, que ya saben prescindir, aunque sea momentáneamente, de admirar la espada que flagela y que destruye, así sea del caudillo director de multitudes o del héroe guerrero de internacional contienda, para ensalzar al hombre blanco de las aulas, al paladín invicto de la ciencia, que en el recogimiento de un laboratorio o en el sitial augusto de la cátedra, plasma ideas de verdad y de luz.

México, entre esos conglomerados sociales, celebra diversas fiestas conmemorativas: sesiones diversas de diversas corporaciones científicas, velada de apoteosis en el hermoso y novísimo auditorio de nuestra Facultad, y dedicación de un parque público con el nombre de Finlay; todo ello para tributar cálido aplauso, para enaltecer méritos verdaderos y para testimoniar amor y devoción. La Academia Nacional de Medicina, antigua e ilustre Corporación, que tiene al mismo tiempo la serenidad reflexiva de los años y el fuego impetuoso del amor juvenil, jamás deja pasar desapercibida una ocasión como la presente, para rendir férvido homenaje a quien ha merecido eterna y universal gratitud por una obra de sabiduría y de beneficio social. Es por ello que el señor Presidente de la Academia ha querido consagrar esta noche a Finlay, y me ha hecho el grato e inmerecido honor de encomendarme os diga algunas frases en recuerdo del sabio.

Fue hace cien años, el 3 de diciembre de 1833, cuando vió la luz primera en la ciudad de Camagüey, República de Cuba, Carlos Juan Finlay, vástago de un matrimonio constituido por escocés y francesa. Poco tiempo después de nacido el niño, la familia Finlay se instaló en La Habana, en donde permaneció por varios años, salvo alguna o algunas temporadas de residencia en Guanímar. Ana, la tía paterna de Carlos J. Finlay, que a la sazón había dejado una escuela que tenía en

Edimburgo, se encargó con todo esmero de la educación del sobrino. A la edad de once años, fue enviado a Francia para que continuara sus estudios en el Havre, y dos años más tarde un grave ataque de corea le obligó a regresar al hogar paterno, en el que permaneció asimismo otros dos años. Sumamente mejorado de su dolencia volvió a Europa, viviendo sucesivamente en Londres, en Maguncia y en Rouen, en cuyo Liceo prosiguió sus estudios. Tres años más tarde la naturaleza, quizá en venganza anticipada por la lucha que Finlay andando el tiempo habría de emprender contra el morbo, lo hizo víctima de nueva enfermedad: fiebre tifoidea, en cuya convalecencia volvió a la patria. No pudiendo obtener la revalidación de sus estudios del Havre y Rouen en la Universidad de la Habana, marchó a Filadelfia para cursar la carrera de medicina, hasta llegar a doctorarse en 1855 en el "Jefferson Medical College", habiendo sido discípulo predilecto de los dos Mitchell.

Con el anhelado título de Médico, Finlay intentó establecerse en Lima, donde radicó por varios meses, y después de revalidar dicho título en La Habana, por el año de 1857, volvió a la capital inca en nueva tentativa de radicación. Tiempo después, trató de establecerse en Matanzas, Cuba, y finalmente por el año de 1865 se instaló en definitiva en la Habana, habiendo contraído matrimonio con la señorita Adela Shine, originaria de la Isla de Trinidad, constituyendo "una familia respetabilísima por todos conceptos en la sociedad habanera". De este matrimonio procede el doctor Carlos Finlay hijo, prominente médico cubano encargado actualmente de la Cartera de Sanidad en el Gobierno de la Isla.

Hombre ávido de ciencia, Carlos J. Finlay, pocos años después de recibido hizo un viaje a París, residiendo allí los años de 1860 y 1861 que aprovechó en estudios complementarios en clínicas y en hospitales. Fuera de éste y los anteriores, empuñó otros viajes al extranjero: uno en 1869 a la Isla de Trinidad, durando en ella medio año; otro en los últimos meses de 1875, a Nueva York, en donde se consagró a buscar la salud de su esposa. En 1881 fué a Washington, representando al Gobierno Colonial ante la Conferencia Sanitaria Internacional que allí tomaba asiento, y más tarde volvió a los Estados Unidos para ofrecer sus servicios con motivo de la guerra hispano-americana, a pesar de sus sesenta y cinco años de edad. Fue enviado a Santiago, y tomó parte en la vida de campaña de las tropas sitiadoras. Vuelto a La Habana en 1898, se consagró por entero al ejercicio de la medicina, y a los trabajos de estudio y experimentación que años atrás había iniciado con halagüeños resultados.

En 1902 fue designado Jefe de Sanidad de la República, y en este cargo permaneció hasta el 31 de diciembre de 1908, en que atenta su avanzada edad, y a solicitud del mismo fué, relevado del cargo, confiéndole como pensión de retiro y con carácter vitalicio, la Presidencia Honoraria de la Junta Nacional de Sanidad y Beneficencia de Cuba, con la modestísima suma de dos mil quinientos pesos anuales. Durante su permanencia en la sanidad cubana, el doctor Finlay hizo nuevos y múltiples viajes al extranjero, representando a su patria en congresos de carácter sanitario. En la XXXI Sesión de la American Public Health Association, fue electo Presidente para la inmediata reunión con Sede en la ciudad de La Habana.

La Escuela Jefferson, atentos los relevantes méritos del doctor Finlay, le confirió el doctorado en leyes; el "College of Physicians" de Filadelfia le hizo socio de honor; la Academia de Medicina de Francia lo nombró socio corresponsal; la Escuela de Medicina Tropical de Liverpool le otorgó la medalla Mary Kingsley, supremo galardón para hombres excepcionales, y la República Gala le otorgó las insignias de Oficial de la Legión de Honor.

A la avanzada edad de ochenta y dos años, el 20 de agosto de 1915, falleció en la capital de Cuba el ilustre Carlos Juan Finlay, legando a la inmortalidad su nombre esclarecido y su obra genial en pleno fruto.

Cubano de acendrado amor patrio, médico cumplido y eminente, consagrado al noble ejercicio de la profesión, Carlos J. Finlay dedicó su vida fructífera fundamentalmente al estudio de la fiebre amarilla, y no podía ser de otra suerte, ya que el tifo xántico desde tiempos remotos, anteriores probablemente al descubrimiento de la América hacía numerosos estragos en la Perla Antillana, y eran notorios los fracasos de la lucha emprendida contra él.

Antes del año de 1881, Finlay, partícipe de las ideas de entonces, buscaba en los medios cósmicos el origen de la dolencia. Emprendió estudios que lo llevaron a encontrar una excesiva alcalinidad en la atmósfera de la Habana, y de allí dedujo conjeturalmente relaciones de causa a efecto entre esa circunstancia y la existencia y propagación de la fiebre amarilla. Tales estudios e ideas tales, iban de acuerdo con el sentir general de aquella época, en que los hombres de ciencia se hallaban engolfados en las teorías miasmáticas, metereológicas, atmosféricas, telúricas, etc., señaladas como orígenes de la enfermedad.

Concretándose al problema de la peste amarilla, el mundo médico se hallaba a la sazón dividido entre contagionistas y no contagionistas, que se esforzaban en negar valor a los hechos presentados y a los argumentos esgrimidos, en apoyo de su opinión, por el bando contrario.

Finlay, con espíritu sereno, con manifiesta ponderación, con sincera imparcialidad y lógica incontrovertible, pensó que si gran número de pruebas abonaban ambas opiniones debían aceptarse como auténticas, y que si gran número de hechos quedaban sin explicación alguna, a pesar del deseo de sostener ambas teorías, era indispensable admitir la intervención de una tercera condición independiente para poder explicar la totalidad de los hechos. Esta reflexión justa y serena que no es obra de vidente, sino fruto de meditación y de estudio, permitió a Finlay expresar en la reunión internacional de Washington el 18 de febrero de 1881, su opinión personal relacionada con la propagación de la fiebre amarilla, que condensó en tres inolvidables postulados: "1o. La existencia previa de un caso de fiebre amarilla; 2o. La presencia de un sujeto apto para contraer la enfermedad, y 3o. La presencia de un agente cuya existencia fuese completamente independiente de la enfermedad y del enfermo, pero necesario para transmitir la enfermedad del hombre enfermo al hombre sano". Con la sencilla y plácida modestia que caracteriza la vida toda de Finlay, indicó que su punto de vista constituía tan sólo una hipótesis, que no podría tener otro mérito que el de explicar hechos que salían de la explicación con las teorías en boga, e invitaba a sus consocios a estudiar esta cuestión, que al resolverse, permitiría atacar el tercer factor como condición sine qua non para atacar el mal.

Ya entonces Finlay pensaba que el germen o virus desconocido de la fiebre amarilla, debía introducirse en las personas no inmunes por medio de una inoculación, y que ésta tenía que ser llevada a cabo por insectos punzantes, chupadores de sangre, especiales a los lugares infectados; y si en aquella sesión de la urbe americana no mencionó al mosquito, fué, dice, "porque no había realizado un experimento toral que tenía proyectado: aplicar un insecto sin previa contaminación a un enfermo de fiebre amarilla, y pocos días después a un sujeto receptivo". En cuanto estuvo de regreso en la Habana verificó sus experimentos, valiéndose de mosquitos que juzgó peculiares al lugar, por ser morfológicamente diferentes a los que vió descritos en varios en varios autores, y con la anuencia del Gobernador, General D. Ramón Blanco, seleccionó a veinte soldados españoles recién llegados, que estaban acuartelados en "La Cabaña". La primera inoculación la verificó el 30 de julio de 81, y el 14 de julio siguiente el soldado enfermó de típica y bien caracterizada fiebre amarilla. Este soldado seguido durante cuatro años más tarde, no volvió a tener ataque alguno de aquella dolencia. El 16 de julio se hizo de un mosquito que picara a un enfermo, el 20 se picó el mismo Finlay con él, y el 22 picó a un soldado. Finlay no

sufrió la fiebre amarilla, y el soldado tuvo un padecimiento que el Dr. Delgado (Ayudante ameritado de Finlay) calificó de "fiebre amarilla abortiva". En el tercer experimento cogió Finlay un mosquito nocturno que picó a un enfermo de fiebre amarilla, le puncionó el vientre, y dió a chupar la gota de sangre que saliera, mezclada con otra de agua azucarada, a un mosquito no infectado, con el cual picó días después a un soldado receptivo, que al cabo de 48 horas presentaba los signos de "fiebre amarilla abortiva". Cuatro inoculaciones más, semejantes a las primeras, determinaron un caso de "fiebre amarilla abortivo", un caso dudoso y dos sin efecto alguno sensible. El resto de los veinte soldados no fué inoculado y quedó en observación. Pues bien, durante el tiempo de los experimentos los soldados no inoculados no tuvieron fiebre amarilla, y ninguno de los inoculados en cuatro años más de observación presentó síntomas del mal.

Con estos experimentos Finlay preparó una memoria que con toda modestia tituló "El mosquito hipotéticamente considerado como agente de la trasmisión de la fiebre amarilla", que leyó en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, la memorable noche del 14 de agosto de 1881; memoria interesantísima porque a más de exponer una nueva y plausible teoría, era ocasión reveladora de la sinceridad del sabio y de la seriedad de sus estudios, y porque reconocía su error contenido en su antigua teoría de la alcalinidad atmosférica; interesante también, porque hacía un estudio cuidadoso de la biología de su "Culex mosquito" (*Stegomyia* y *Aedes* de tiempos posteriores) en forma magistral, al grado de que sus conceptos han sido del todo comprobados y muy poco ampliados en épocas subsiguientes, y más que todo interesante porque señalaba ya al mosquito como el tercer agente indispensable en la trasmisión de la enfermedad. "Tres condiciones, decía, serán pues necesarias para que la fiebre amarilla se propague: 1a. Existencia de un enfermo de fiebre en cuyos capilares el mosquito pueda clavar sus lancetas e impregnarlas de partículas virulentas, en el período adecuado de la enfermedad; 2a. Prolongación de la vida del mosquito entre la picada hecha en el enfermo y la que deba de producir la enfermedad, y 3a. Coincidencia de que sea un sujeto apto para contraer la enfermedad, alguno de los que el mismo mosquito vaya a picar después."

Sin comentarios, en medio de silencio sepulcral, la memoria del doctor Finlay, a propuesta del Secretario de la Academia quedó en la mesa a disposición de los señores Académicos. Este frío recibimiento no fué obstáculo para que se le hicieran críticas variadas, comentarios malos, y, hasta, seguramente los más ignorantes y los más mezquinos, entre bastidores hacían burletas, y conceptuaban como excéntrico a quien había de dar días de gloria a la patria cubana.

Es explicable, en cierto modo, que la actitud del mundo médico fuese hostil cuando Finlay expusiera su flamante teoría, porque ésta venía a revolucionar ampliamente los conceptos de la ciencia, señalando una modalidad distinta, como es la intervención de un tercer agente, el mosquito, en la transmisión de una dolencia. Ni el silencio de los más, ni los obstáculos materiales, ni las críticas injustificadas o las acres calumnias, pudieron hacer decaer ni aun momentáneamente el ánimo del doctor Finlay en lo más mínimo. Con el tesón propio de la raza, que Finlay había heredado de su padre, con el entusiasmo del investigador insatisfecho, y puestos los ojos en la humanidad que habría de recibir sus beneficios, el sabio continuó estudios y experimentos. Se ocupó de la historia del tifo amarillo; escribió varias monografías sobre etiología, sintomatología, anatomía patológica, bacteriología, hematimetría, profilaxis, inmunología y terapéutica de la fiebre amarilla; monografías de claridad meridiana y la mayor parte perfectamente afortunadas, ya que estudios posteriores han venido a dar la razón al eminente clínico, sagaz observador y egregio higienista que las escribiera. Hubo una en que consideró al micrococo tetrágono, al cual proponía el nombre de "tetragonococo" o "tetracoco versátil" como el agente específico de la fiebre amarilla. Este hecho infortunado constituyó un error serio (como otro error semejante han tenido tantos y tan distinguidos bacteriólogos), que Finlay con la sinceridad y la modestia en él ejemplares fué de los primeros en señalar.

Desoyó las calumnias, se apartó de los escépticos, contestó serenamente la crítica como en el caso del médico francés Carré que convirtió de opositor en adepto, y tenazmente insistió por dondequiera, con las corporaciones científicas, frente a las autoridades y entre sus amigos, clamando porque se prestara atención a su teoría y no se dejaran ir preciosos momentos para combatir la epidemia en forma debida. Nunca se encerró en torre de marfil, y cada uno de sus estudios, cada una de sus observaciones rigurosa y magistralmente consignadas en interesante protocolo, eran materia de memorias que leía en el seno de diversas sociedades o de artículos que remitía para su publicación en revistas

médicas del extranjero. Jamás desaprovechó la más insignificante oportunidad de reforzar su teoría y de hacerse oír, y así lo vemos señalando con la elocuencia de la estadística la disminución de la curva de morbilidad xantoendémica, coincidiendo con la disminución quizá climática, quizá indirectamente profiláctica-destructiva del mosquito, y establecer paralelos exactos y bien delineados entre los factores concurrentes en la biología del mosquito y en la aparición y desarrollo del mal amarillo. Ni las penalidades de la campaña, ni la preocupación patriótica y familiar inherente a la guerra, fueron motivos para que desmayase en su empresa, y antes bien, se valía de su proximidad a los jefes militares y a los funcionarios americanos para interesarlos en la lucha contra el mosquito, que ya había perfilado en amplio plan que en 1898 propuso a las Oficinas de Sanidad Americana y a la Prensa Médica de los Estados Unidos.

Por fin, los Estados Unidos enviaron a la isla una Comisión constituida por los doctores Reed, Carrol, Lazear y Agramonte para el estudio de la fiebre amarilla, y esta Comisión, en vista de los inútiles resultados de la campaña emprendida contra la enfermedad a base de aislamiento y desinfección, dirigió sus estudios y sus experimentos siguiendo la ruta que trazara Finlay, y después de observaciones impecables que cubren también de gloria a quienes formaron dicha Comisión, consagraron para siempre al mosquito como el vector transmisor de la fiebre amarilla. Por una de esas casualidades de la vida, la Comisión Americana trabajó en la antigua "Casa Quita de San José", que en las inmediaciones de Marianao era albergue de padres de la Compañía de Jesús, en la cual Finlay, desde cuatro lustros atrás, hiciera múltiples experimentos y observaciones.

Tal parece que era menester que elementos extraños, los miembros por demás ilustres de la Comisión Americana, sancionaran la idea genial de Finlay, para que su teoría de considerar al mosquito como el agente transmisor de la fiebre amarilla, se esparciera por todas partes en medio de general aprobación. Veinte años habían transcurrido para que al fin brillara para Finlay el sol de la justicia, y nimbara su frente imperecedera corona de gloria.

De entonces acá, repetidas veces se ha cometido el desacato de pretender arrebatarse su mérito a Finlay, de olvidarlo, y de señalar a la Comisión Americana como autora de la teoría sobre el mosquito. Su nombre es apenas mencionado en autores europeos unas veces, y otras omitido, y entre libros americanos el silencio lo envuelve. Eran necesarios nuevos años, recordar la fecha actual centenaria de su natalicio, para que por segunda vez se le hiciera justicia y se venerara su memoria.

Quizá el mismo Finlay con su inefable bondad e inextinguible modestia sea en parte culpable del temporal olvido. Jamás se vanaglorió de su teoría, nunca tuvo jactancia por sus méritos. Veamos si no como se expresa en singular trabajo titulado "Reseña de los progresos realizados en el Siglo XIX en el estudio de la propagación de la fiebre amarilla", que presentó al 3er. Congreso Médico Panamericano celebrado en la Habana en febrero de 1901. "A pesar de mi técnica aún imperfecta, alguna inmunidad debieron conferir mis inoculaciones, toda vez que entre mis 104 inoculados, sólo 3.8% que no habían reaccionado después de su inoculación contrajeron más tarde un ataque de fiebre amarilla mortal. . . . Entre los 87 que no presentaron efectos patógenos 39% tampoco experimentaron ningún ataque de fiebre amarilla en su residencia ulterior en Cuba. . . . Mi teoría del mosquito hasta donde mis escasas fuerzas me permitieron llevarla, puede decirse que se hallaba aún en fases evolutivas, pues entraban en ellas varios detalles importantes que carecían de su demostración experimental. Mas no había de concluir el siglo sin que ese requisito quedara también, a mi entender, plenamente satisfecho. En las últimas semanas de diciembre, la Comisión militar encargada por el Gobierno americano de estudiar aquí la etiología de la fiebre amarilla, realizó una serie de experimentos notabilísimos que, completando mi teoría, han despertado el más vivo interés entre todos los que nos ocupamos de patología tropical. Esos señores os dirán cómo, con precisión casi matemática, lograron demostrar no sólo que el *Culex*-mosquito transmite indudablemente la fiebre amarilla, si que también que, cuando se excluye la intervención de ese agente transmisor, la enfermedad parece ser intransmisible. Si los señores que componen esa Comisión, los doctores Reed, Carrol y Agramonte, logran llevar a todos los ánimos el convencimiento de que aquellos dos puntos que he mencionado quedan plenamente demostrados, su obra, a no dudarlo, constituirá en el dominio de la patología la hazaña más importante del siglo y podrá asegurarse que, desde que aquel gran bienhechor de la humanidad, el inmortal Jenner, promulgó la realidad de su vacunación con la "Cow-pox" no se ha producido otra que le iguale". La modestia, inseparable compañera del doctor Finlay, en esta vez ha llegado a los lindes de la renunciación.

Por fortuna hubo quienes, como los doctores Durham y Myers, en su paso por la Habana con destino al Brasil, en comisión de la Escuela de Medicina Tropical de Liverpool para el estudio del tifo amarillo, después de conocer los meritorios trabajos de Finlay, y de oír de sus propios labios experimentos y teorías, escribieron a su Escuela diciendo: "Es un

hecho incontrovertible que el doctor Carlos J. Finlay, de La Habana, fue el primero en establecer la experimentación directa para probar sus ideas sobre el papel que desempeña el mosquito en la transmisión de la fiebre amarilla". Por fortuna hubo también un general Wood, que en medio del mayor entusiasmo dijese que: "La obra de Finlay bien valía la guerra contra España".

Por lo demás la obra científica de este excelso paladín de la ciencia es tan inmensa, que impide bosquejarla siquiera en unas cuantas palabras. Habeis conocido de prisa, señores académicos, los estudios, experimentos y trabajos del doctor Finlay; permitidme ahora un intento de bosquejo del perfil vigoroso del sabio. Un espíritu altamente investigador, adornado con ponderada imparcialidad; aquilatado por el estudio disciplinado, sereno y fructífero; dotado de lógica clara y contundente, de fortaleza en el raciocinio y en la crítica; todo ello envuelto en fragante sentimiento de modestia y sencillez, y con ansia incontenible de hacer el bien a sus semejantes. Patriota desinteresado y entusiasta, ciudadano sin tacha, esposo inmejorable y padre excepcional, médico noble y abnegado, he allí lo más saliente de su blanca personalidad. Con razón dice Guiteras, uno de sus más distinguidos biógrafos que Finlay "heredó del escocés la intensidad y el ardor en la persecución de un objetivo, así como la disciplina lógica, la afición a teorizar sobre problemas abstrusos y a discutir sobre ellos, sin perder aun en medio del mayor enfrascamiento el hilo de oro de la aplicación práctica. Del francés obtuvo la amabilidad, la cortesía, la imaginación viva y el amor a la gloria, que aunque no aparece en la superficie, ha servido de estímulo al escocés, y no aparece en la superficie, ni tampoco otras cualidades de acometividad llegan a tocar en la arrogancia ni afean en manera alguna su carácter, porque lo encubre todo la más exquisita modestia que, me complazco en creer, le prestó nuestro ambiente criollo de aquel tiempo, juntamente con el intenso amor a la patria cubana".

Finlay tuvo en vida la satisfacción de ver extinguida terrible plaga que asolara antaño a su patria. El supo que su esfuerzo iniciado en místico recogimiento, se trocaba en obra difundida por doquiera de bienestar, de riqueza y de beneficio para pueblos numerosos. La muerte no acabó con la obra fecunda de Finlay, y su labor perdurará en la eternidad de los siglos venideros; obra acreedora a mármoles y a bronces que perpetúen la figura grandiosa, inconmensurable, de fe, de abnegación y de trabajo, y constituyan exponentes magníficos de admiración y amor.

Si recorréis las vastas campiñas de la América tropical, en otros

tiempos campamentos de la muerte, asolados por la fiebre amarilla, y los encontráis ahora convertidos en centros populosos, en donde colonas humanas trabajan incesantemente, sin pensar siquiera en la plaga secular, creeréis que los nevados picachos de sus más altas cumbres, que el gorjeo melancólico de sus arroyos, que el ambiente cálido y perfumado de sus vergeles, que el aroma exquisito de sus flores, que el sabor delicado de sus frutos y la lozanía admirable de sus mujeres, son cánticos de imperecedera gratitud e himnos infinitos de infinito amor al sabio.

Una obra gigantesca de ingeniería contemporánea, que a unos cuantos pasos de Cuba ha partido en dos a nuestra América, llevada a cabo en tierras precisamente insalubres y mortíferas, ya saneadas gracias al finlaísmo, se me antoja el monumento mejor que a las generaciones venideras hable de la obra de Finlay, allí, en donde las aguas bulliciosas del Atlántico, después de besar reverentes la patria del inmortal benefactor, pregoneras de su fama, bañan risueñas las costas exúberas de la nación azteca y Centro América, para ir a mezclarse y confundirse, en abrazo inextinguible con las tranquilas aguas del Océano Pacífico que, embajadoras del saludo, vienen de tierras arcaicas y lejanas de misterio y de leyenda, de fantasía y de ensueño.

Hasta aquí, señores académicos. He abusado por mucho tiempo de vuestra benévola atención. Permitidme tan sólo, para concluir, que evoque los nombres de los ilustres miembros de la Comisión Americana, a más de los de Gorgas, de Oswaldo Cruz y de Licéaga, quienes implantando la teoría de Finlay libraron del azote que por más de dos siglos causó enorme mortandad a Cuba, Panamá, Brasil y México. Permitidme también que evoque las figuras unciosas de los padres jesuitas y a los modestos soldados de la Madre Patria que abnegadamente se prestaron a múltiples experimentos. Yo os invito a consagrarles fervoroso recuerdo que aquilate el esfuerzo heroico de sus trabajos o la grandiosa virtud de su condescendencia.

Yo os invito también a volver los ojos hacia ese noble jirón de tierra americana que, frente a las costas feraces de nuestro México, se debate en ansias de libertad y de conquista de plena personalidad internacional, para decirle con el corazón en nuestros labios: ¡PORQUE TUVISTE LA DICHA DE MECER LA CUNA DEL EGREGIO CARLOS JUAN FINLAY, SALVE, OH CUBA!

México, D. F., 6 de diciembre de 1933.

Dr. Salvador Iturbide Álvarez.